

Calor de Jesucristo

Fernando Torre, msps.

Tres meses después de la muerte de su esposo, Concepción Cabrera de Armida escribe: «Pienso y palpo la falta moral de su sombra, de su apoyo, de su respeto y celo por su casa y sus hijos. Me hace falta como su calor, diré, su amparo y amor, y consejos para mis hijos y para muchas cosas exteriores»¹.

Las personas viudas entenderán mejor que yo lo que dice Conchita. Las palabras «me hace falta su calor» me remiten a un texto bíblico en el que se habla de Cristo y la Iglesia en términos esponsales: el marido debe amar a su mujer como a su propio cuerpo; cada quien da a su cuerpo alimento y *calor*; así lo hace Cristo con la Iglesia (cf. Ef 5,28-29). ¿Has experimentado el calor de Jesucristo?

El cuerpo humano sano tiene una temperatura de unos 36.5° C. La cercanía nos permite percibir el calor de la otra persona.

¿Cómo es nuestra relación con Jesucristo? Quizá sea temerosa, formal, fría o, al contrario, es una relación confiada, espontánea, fervorosa.

Jesucristo da calor a su Iglesia; ¡a mí, que soy Iglesia! Su palabra hace arder mi corazón (cf. Lc 24,32); la eucaristía me enciende en el amor que lo inflama; las personas reflejan para mí los cálidos rayos del Sol; la comunidad cristiana es un hogar; la naturaleza, creada por él, me abraza con afecto materno.

Jesucristo vive en nuestro interior; desde allí nos comparte su experiencia de sentirse amado por su Padre y nos comunica el fuego del Espíritu Santo.

Al acercarnos a Jesucristo, se prende nuestra vida y somos capaces llevar su calor a quienes mueren de frío; se aviva nuestro celo apostólico y nos lanzamos a encender en otros la pasión por Dios y a pegar fuego el mundo (cf. Lc 12,49).

Evangelizar es transmitir a otros el fuego divino que quema nuestro corazón. Sólo quien está en llamas puede incendiar a otros.

¹ CC 17,314: 23 dic 1901.